

# Trabajan allá, viven acá



Muchos mexicanos cruzan a diario la frontera con EU y regresan; ésta es la historia de quienes viven en Mexicali y cruzan a trabajar en el campo en el Valle Imperial

**C**alexico, California.- La jornada comienza a las 1:40 horas para María Guadalupe Pimentel, cuando su esposo golpea la puerta de su habitación, menos de cuatro horas después de que ella se durmió.

“Ya es hora”, le dice Ignacio Erape, dirigiéndose a la cocina de la casa de la pareja en Mexicali. Termina de preparar un almuerzo de chorizo picante envuelto en tortillas para su esposa y cuatro hijos.

En cuestión de minutos, Pimentel se encuentra en el asiento trasero del Honda Civic de 1998 de su hijo, recorriendo bulevares desiertos camino a Estados Unidos.

Ella y miles de mexicanos ingresan a Estados Unidos legalmente todos los días, por la mañana, y regresan a México al anochecer. Son un pilar de uno de los mercados laborales más débiles del país.

El Imperial Valley de California registra continuamente una de las tasas de desempleo más altas de la nación -en febrero fue del 26.7%- y, sin embargo, depende de los mexicanos al Sur para conseguir peones de campo pues los residentes locales no quieren trabajar en las cosechas por 9 dólares la hora.

Eso no es el único sello distintivo del Imperial Valley, que pese a encontrarse a escasos 160 kilómetros (100 millas) de San Diego, es un mundo aparte.

Es un sitio donde el Río Colorado creó un jardín en medio del desierto y ayuda a abastecer los supermercados de todo el país con vegetales durante el invierno. Un lugar que recibió nuevas prisiones y reforzó las medidas de seguridad en la frontera, en el que toda carrera relacionada con las funciones policiales ofrece buenas perspectivas



a los residentes de la zona.

En su empeño por superar su dependencia de la agricultura, y aprovechando la abundancia de vientos, sol y calor subterráneo, se ofrece como un sitio atractivo para las empresas especializadas en energía renovable.

## EL INICIO

Hacia las tres de la mañana, María Pimentel ya está haciendo la larga y tediosa cola del servicio de inmigración. “No dejen que se adelanten”, grita alguien, mientras la mujer mueve la cabeza en señal de irritación.

Finalmente ingresa a Calexico, ciudad de 39 mil habitantes, y camina tres cuadras hasta “La Doña”, un negocio de donas que sirve café y es uno de los principales lugares

de reunión donde los contratistas buscan trabajadores.

“Necesito dos personas”, le dice un contratista a Pimentel, quien gentilmente lo ignora. A las cinco de la mañana hay un ir y venir de vehículos que recogen trabajadores y se encaminan a las plantaciones.

Pimentel, de 49 años, es quien más gana en su familia. Cobra entre 9 y 11 dólares la hora con Steve Scaroni, uno de los principales contratistas agrícolas del Imperial Valley. Un hombre serio con quien nunca tuvo problemas para cobrar.

La mujer dejó un trabajo en el que ganaba el equivalente a 7 dólares diarios ensamblando artefactos en una fábrica de calentadores en Mexicali cuando obtuvo la residencia legal en Estados Unidos en el 2006. Trabajando en una plantación de lechuga orgánica en California, gana en una hora más de lo que percibía en todo un día en Mexicali.

Ni Pimentel ni su marido fueron a la escuela y ninguno de los dos puede leer. Comenzó a recoger fresas a los 12 años y cuidaba ganado desde los 6.

La pareja fue tentada por una medio hermana de Pimentel que la convenció de que se fuese a Mexicali a fines de la década de 1970. Erape, quien hoy tiene 59 años, sacó la residencia en Estados Unidos al ser beneficiado por una amnistía en 1986.

Durante tres décadas trabajó la mitad del año en plantaciones del Central Valley de California, hasta el 2008, en que los altos costos de la vivienda hicieron que se quedase permanentemente en Mexicali para cuidar a tres de sus once nietos.

Viven en una casa cómoda en las afueras de Mexicali, pintada de anaranjado, con tres arcos en el patio del frente y un jardín bien atendido. Los domingos -el único día franco que tiene Pimentel- reciben a la familia y a amigos y los deleitan con platos como ceviche de camarón y sopa de mondongo. Pimentel es feliz cerca de la hoguera.

El dinero siempre escasea. La casa no tiene lavamanos en el baño y sólo dos de los cuatro dormitorios tienen azulejos blancos en el piso. El servicio telefónico fue

■ El abuelo de Robert Limón llegó al Valle Imperial a inicios de 1900.